

CAPITULO XXVII.

La campana del correo.

SEGUIA reinando el general Casanova en Guadalajara, y verdaderamente su poder no se extendía fuera de garitas, si no era cuando mandaba secciones de tropas á merodear por los pueblos, que nunca se componían de menos de quinientos hombres, por temor á los guerrilleros audaces que habían surgido, y entre otros Antonio Rojas, que se había hecho temible, no sólo por su valentía, sino por sus atrocidades. Con la excursión de Piélagos y Monayo, que había producido el feroz asesinato del doctor Ignacio Herrera y Cairo, coincidió otra del general Domingo Herrán, también con una fuerza de cerca de quinientos hombres de infantería y caballería que pudo ser de consecuencias para los liberales.

Herrán no era más que un elegante de las banquetas; pero de la noche á la mañana quiso lucirse como mi-

litar en las filas de la reacción, y fácil le fué por las influencias de familia, hacerse de un grado superior. No era perito, pero era valiente y audaz y consideró fácil acabar él solo con las hordas diseminadas por el Sur de Jalisco.

Con quien primero se encontró en el paseo militar, que se había propuesto hacer hasta Colima, fué con Antonio Rojas, que tenía ya bajo su mando á doscientos *chinacates*, engrosados con cien infantes más que mandaba el teniente coronel don Lino Suro. El plan consistió en dar una sorpresa á los liberales que se encontraban descuidados en la Venta de Caballos, por el rumbo de Zacoalco de Torres. El ataque de Herrán fué impetuoso, y con la superioridad de su gente, logró al principio desordenar á las fuerzas enemigas; pero se rehicieron algunos grupos y presentaron alguna resistencia aunque floja, hasta que por un flanco apareció un trozo como de veinticinco ginetes, cuyo jefe que montaba un magnífico caballo obscuro, se levantó el sombrero y gritando con voz de trueno: ¡aquí está Rojas! se lanzó sable en mano, seguido de sus hombres que lo secundaron admirablemente, dando una carga formidable. Tanto aquel grito oportuno, como la violencia del ataque, y haberse dirigido éste por un flanco de la columna de Herrán que la dividió en dos partes, amedrentaron á tal punto á los que quedaban á la retaguardia que empezaron á desbandarse y entonces los de Rojas y Suro, aprovechando tan inesperado auxilio, volvieron á la carga y entonces Herrán tuvo que retirarse en derrota, no obstante la que dió un parte muy rumboso, asegurando que había hecho huír á las gavillas de los liberales, que habían dejado el campo regado de armas y cadáveres, haciéndoles seis prisioneros. Esos seis prisioneros, eran seis pobres diablos que había cogido en

el camino para meterlos como un trofeo á Guadalajara, á donde se volvió más que de prisa.

—¿Quién es el que nos ha auxiliado tan eficazmente? preguntó Rojas, después de la refriega.

—Yo, mi coronel, respondió un joven adelantándose con sombrero en mano.

—¿De dónde viene usted? ¿Quién es usted?

—Me llamo Adrián Canales, soy de Santa Ana Acatlán y estoy autorizado por el Presidente Juárez, para mandar esta guerrilla.

Rojas y Suro, abrazaron al joven, dándole las gracias.

—Perdone usted, mi coronel, dijo á poco Adrián, que haya tomado su nombre, gritando: ¡Aquí está Rojas! fué un ardid de la guerra.

—Bien hecho. ¿Quiere usted unirse conmigo?

—Me quedaría con mucho gusto, mi coronel, le contestó Adrián; pero tengo que cumplir con una comisión que ha tenido á bien confiarme el señor ministro de la guerra, y voy á cumplirla.

—Está bien. Por mi parte no olvidaré el servicio que usted me ha prestado y tal vez más adelante podré correspondérselo.

—¡Adios!

—¡Adios!

Adrián Canales picó su caballo y se separó del lugar en que se había desarrollado lo recio del combate, seguido de sus hombres.

La comisión que tenía Adrián, era acercarse lo más que pudiera á Guadalajara, mandar allí exploradores entendidos y comunicar las noticias más exactas que pudieran recogerse de la situación de la plaza.

Don Santos Degollado, que era un organizador de pri-

mera fuerza, tenía ya como unos dos mil quinientos hombres, no muy bien armados y municionados; pero con la moral suficiente para que pudieran secundar sus proyectos.

El fusilamiento de Herrera y Cairo, había sido el 20 de Mayo, el combate de la Venta de los Caballos el día 22 del mismo y probablemente á renglón seguido, Adrián había comunicado noticias favorables, porque el 1° de Junio reinó la mayor alarma en las calles de Guadalajara, escuchándose entre las gentes que las recorrían proveyéndose de comestibles para lo que pudiera suceder, estas fatídicas palabras: ¡Ya vienen los liberales!

Y el grito de ¡ya vienen los liberales! era tremendo en aquellas circunstancias, porque los periódicos conservadores, habían tenido cuidado de exagerar hasta lo inaudito las crueldades de Rojas y los robos que cometían en los pueblos todas las demás fuerzas, á las cuales llamaban gavillas de bandoleros y hordas de salvajes.

El gobierno, para dar tranquilidad á la población, mandó fijar avisos en las esquinas, asegurando que no había ningún enemigo, ni era posible que lo hubiera, porque las pocas partidas que había en el Sur, viviendo del pillaje, no era fácil que se atrevieran á acercarse á una plaza tan fuerte como Guadalajara, cuya guarnición sabría hacerlos morder el polvo como ya lo había hecho varias veces.

Y como á pesar de esto la alarma continuaba, el gobierno mandó tocar la campana del correo.

La campana del correo no estaba en esa oficina como muchos creían, sino en donde está aún ahora, en una torre de la Catedral; pero era una campana especial, muy *ladina*, muy penetrante, que se hacía oír á largas distancias y que era siempre la precursora de un repique á vuelo

general que solía prolongarse hasta por dos horas, según era de importante la noticia favorable que se celebraba.

Cuando el bando conservador estaba en el poder y los liberales oían tocar la *campanita del correo*, sentían calambres y retortijones de tripas, pues ya sabían que aunque con muchas adulteraciones, iba á publicarse una mala noticia. La multitud se agolpaba á las puertas del Palacio y á las dos ó tres horas de estarse oyendo aquel lúgubre martilleo, salía el «Alcance,» al periódico oficial en que se publicaba la noticia, á la vez que comenzaba el repique general.

En esta ocasión eran varias las noticias que por extraordinario violento habían llegado: toma de Orizaba por el general Echeagaray, pronunciamiento de Negrete con sus fuerzas en contra de don Benito Juárez, adhesión de Yucatán y del vapor de guerra «General Guerrero,» al gobierno tacubayista y derrota de Pueblita en Michoacán.

Todo esto era viejo ó fraguado, pero importaba reanimar el espíritu público; sin embargo las gentes vieron que esa noche se estuvieron levantando á la luz de las hachas encendidas unas trincheras, y al día siguiente la *leva* fué más fuerte que nunca, llevándose á trabajar en las fortificaciones hasta á las gentes de levita.

El día 3 de Junio apareció don Santos Degollado en San Pedro, á una legua de la ciudad, y aunque en ésta había dos mil hombres de guarnición de buena tropa con treinta piezas de artillería, no se pensó en salir á dispersar aquellas hordas de bandoleros y menos cuando se supo que había llegado el general Blanco con ochocientos fronterizos y el coronel Iturbide con trescientos michoacanos enviados por Huerta.

La de don Santos Degollado había sido una magní-

fica combinación: sitiar á Guadalajara con cuatro mil hombres y hacer capitular á la guarnición en quince días de asedio; pero la plaza estaba bien fortificada, y aunque se tomaron á viva fuerza algunos puntos importantes, como el Carmen y Santo Domingo, fué necesario levantar el sitio porque se supo que Miramón, con tres mil hombres y veinticuatro bocas de fuego, se dirigía á marchas forzadas á proteger á Casanova, que había mandado extraordinario tras extraordinario, pidiendo auxilio.

Degollado se retiró otra vez al Sur; pero entonces Miramón lo siguió con todas las fuerzas disponibles y con bastante artillería, ofreciendo no volver sin haberlo exterminado, y en efecto á los pocos días se oyó tocar la fatídica campana del correo y se publicó el primer parte de Miramón, dando cuenta de haber desalojado al enemigo de las barrancas de Atenquique, poniéndolo en completa fuga.

Transcurrieron ocho días más y Miramón entró entre repiques á Guadalajara; pero las gentes atónitas preguntaban: ¿en dónde están los prisioneros? ¿en dónde están los cañones y las banderas quitadas á los liberales?

Medio se vislumbró una parte de la verdad, cuando se conoció un poco más tarde el parte de Degollado en que á su vez decía que Miramón sólo había batido una parte insignificante de sus fuerzas que había puesto en Atenquique para defender el paso, mientras colocaba su artillería en otra barranca llamada de Beltrán, á cuyo punto quería atraer al enemigo; pero que Miramón no había querido seguirlo, dejándole no obstante algún botín y treinta prisioneros que le hicieron sus guerrillas en la retirada. Una de esas guerrillas, que fué siempre hostilizando la retaguardia de Miramón hasta las goteras de Guadalajara, fué la de Adrián Canales.

El combate de Atenquique fué un logogrifo, una vez que los dos bandos celebraron la victoria, aunque para ninguno tuvo consecuencias. Miramón, ó porque temiera recibir un golpe mortal en las segundas posiciones ó porque tuviera sus miras puestas en otra parte, regresó á Guadalajara para irse luego á la Capital, mientras que Degollado se volvía á sus antiguos cuarteles, para volver á poner sitio un poco más tarde á la perla de Occidente.

Entonces no se vió claro nada, pero más tarde ya se comprendió y así lo dijeron los liberales, que Miramón sólo andaba dándose importancia como ciertas mujeres que la echan de hacendosas, que se mueven mucho de aquí para allá con objeto de llamar la atención y que en realidad no hacen nada de provecho.

La ciudad de Guadalajara por de pronto quedó tranquila. Las mujeres hermosas, entre ellas algunas casadas muy distinguidas, pagaron su tributo al vencedor, y el ibérico Casanova siguió mandando en la plaza con admiración de los conservadores que le habían visto *chuela* y que lo tenían ya considerado como una perfecta nulidad.

Hubo por entonces otros acontecimientos que tuvieron muda á la campana del correo, según las noticias que se comunicaban *sotto voce* los que simpatizaban con la causa constitucionalista.

—¿Qué sabe usted de nuevo? preguntaba el peluquero á don Cleofas cuando lo estaba rasurando, en un momento en que no había otros clientes en la peluquería.

—Yo no sé nada.

Todos tenían miedo de decir lo que sabían por temor á las persecuciones.

—Aquí estuvieron ahora unos señores, insistió el

rapista, y platicaron que había muerto el señor general Osollos en San Luis.

—Eso sí, todo el mundo anda contando que murió de una fiebre en San Luis Potosí.

—Aquí se dijo que lo envenenaron los mochos.

—¡Psé! él era también mocho.

—Pero le tenían recelo quién sabe por qué.

—Porque tenía sus ideas liberales y era humanitario. El caso es que murió.

—También cuentan que luego que Osollos murió llegó Zuazua y tomó la plaza.

—No fué luego, sino pocos días después.

—¿De manera que es cierto?

—Parece que no cabe duda: aun se cita la fecha del 30 de Junio como día en que Zuazua tomó la plaza de San Luis, apoderándose de todas las piezas de artillería y haciendo más de ochocientos prisioneros.

—¿De veras?

—Eso dicen, y agregan los que reciben impresos de los revolucionarios, que hay partes oficiales en que se dice que el 7 de Julio don Estéban Coronado también tomó á Durango, haciéndose de buenos elementos de guerra.

—Esos liberales no se duermen.

—¡Qué se han de dormir! pues si Miramón salió de aquí con todo su ejército de seis mil hombres apresuradamente, fué porque se supo que otro jefe del Norte, el señor Aramberri, está amagando á Guanajuato.

—¡Con razón en todos estos días no se ha llegado á tocar la campanita del correo!

—No, no ha habido repiques, ni tampoco dobles.

—Y debía haberlos, si es cierto todo eso.

—Si ha de serlo, porque de otra manera no dejarían á don Santos Degollado en el Sur, que tal vez tenga la tentación de volver á atacar á Guadalajara.

—Aquí dicen, los señores del gobierno que vienen á rasurarse, que es imposible que venga porque quedó destrozado, y que por eso han estado saliendo muchas partidas, para no dejarlo que se organice.

—¿Han salido tropas?

—Sí señor, ¿pues no lo sabe usted? Blancarte salió para el Sur con quinientos hombres y Piélagos y Paulin salieron con otros quinientos con rumbo á Tequila.

—¿No decían que Piélagos estaba procesado por el fusilamiento del doctor Herrera?

—Aquí han dicho que el gobierno de México lo mandó procesar para taparle el ojo al macho; pero el señor Casanova lo hizo coronel.

—¡Ah!

—¿Oye usted?

—¿No es la campana ?

—Sí señor, es la campana del correo.

Don Cleofas cambió de color, y como ya estaba rasurado salió á informarse de las noticias.

Cuando leyó el «Alcance» se sonrió con cierta satisfacción.

—¡Ah! yo creía que era otra cosa.

El jefe que había salido para el Sur, sorprendió en Santa Ana Acatlán una fuerza de una avanzada de cincuenta hombres que mandaba el coronel Cheesman y le hizo unos doce prisioneros que mandó fusilar en el acto.

¡Ah! ¡si hubiera estado allí Adrián! Pero el joven guerrillero había sido mandado á observar la fuerza que mandaba Piélagos, cuyo jefe estaba cometiendo horrores en

Tequila para hacer efectivo un préstamo forzoso que había decretado.

Terminadas las escenas abominables que se verificaron en Tequila, con motivo del préstamo, por los caudillos Piélagos, Paulín y Monayo, regresaron éstos á Guadalajara seguidos de cerca por varias guerrillas, entre las que se veía siempre vigilante la que mandaba Adrián Canales, compuesta nada más que de veinticinco hombres, pero bien montados y armados.

Entonces el general Casanova, urgido en parte por las órdenes que recibía de México para que no dejara tomar cuerpo á las tropas que mandaban Degollado y Oga-zón en el Sur de Jalisco, y en parte envalentonado por los buenos éxitos que habían tenido las secciones de á quinientos hombres que había mandado á merodear por varios puntos, reunió á sus principales jefes y les dijo:

—¿Están ustedes conformes en que vayamos de una vez á acabar con la chispa del Sur?

—Sí, mi general, le contestaron sus jefes sin discrepancia.

—¡A la buena de Dios! Alístense para marchar.

Y todos se prepararon para hacer un paseo militar hasta Colima, en donde contaban con partidarios, una vez que en aquellos días se había descubierto una conspiración, y sólo había sido ejecutado un coronel llamado Ignacio Martínez, quedando los demás conspiradores á la capa, porque no habían podido ser descubiertos.

El día 15 de Septiembre salió Casanova de Guadalajara con dos mil hombres, seis piezas de grueso calibre y un obús de montaña, fuera de sus guerrillas de exploradores. Para dar una sorpresa al enemigo, hizo un rodeo fingiendo tomar otra dirección; pero Adrián se en-

contraba alerta cerca de Santa Ana y mandó dar aviso á Degollado de que se había movido todo el ejército de Guadalajara. Degollado estaba en Sayula, mandó luego reconcentrar sus tropas que estaban diseminadas, componiéndose el total de un número poco más ó menos igual al de los tacubayistas.

Todos los jefes que estaban á su lado, fueron de parecer que se debía marchar al encuentro del enemigo, tanto para amedrentar á éste, como para levantar el ánimo de las fuerzas liberales que se encontraba algo abatido por la escasez de los recursos.

El día 17 se oyó á las siete de la noche, el lúgubre sonido de la campana del correo.

—¿Cómo! ¿tan pronto derrotó ya Casanova á Degollado? le preguntaron á don Urbano Tovar que se quedó de gobernador interino.

—No, el general ocupó á Santa Ana, huyendo los exploradores que estaban en el pueblo.

El que había entrado allí primero fué Pedro Ordóñez, que iba buscando un encuentro con Adrián Canales. No fué entonces, sino un poco más adelante, cuando se encontraron en el camino de Zacoalco, quedando la victoria por Pedro que recibió un auxilio oportuno. Adrián se retiró sólo con quince hombres, habiendo sido los otros diez heridos ó dispersos.

De todas maneras, el segundo repique que se mandó dar el día 19 por este hecho de armas, reanimó á la población que se veía desierta por la falta de las tropas é inerte con sus fortificaciones.

El ejército liberal ocupaba el punto llamado Cuevitas el día 21 de Septiembre, en que se avistó el que mandaba Casanova: éste, apenas sin reconocer las posiciones, man-

dó dar el ataque que fué resistido con energía. Con los liberales estaban los generales Núñez y Rocha y otros jefes valientes como Rojas, Contreras Medellín, Cruz Aedo y Molina, los que tomaron luego la ofensiva á la cabeza de sus columnas, generalizándose el combate en toda la línea. Aunque Casanova no era un ducho militar, tenía también buenos jefes que lo secundaran; pero todo el brío de éstos fué inútil, porque en menos de una hora y media vieron que su derrota era inevitable, habiendo perdido sus cañones que fueron tomados por la caballería de los liberales.

Adrián, que fué uno de los que dieron el alcance á los dispersos, logró emparejar su caballo con el que montaba Pedro, al cual le dijo:

—Podría matarte ahora, porque nos encontramos otra vez en terreno igual. ¡Escápate!

Y Pedro, siguiendo el consejo, se dejó ir por un barranco.

El primero que llegó de vuelta á Guadalajara el 22 fué Casanova, con una escolta de ochenta hombres, que fué lo único que pudo escapar de aquella terrible refriega.

En cambio en esta vez no se oyó el lúgubre tañido de la campanita del correo.